

The United States and the Armenian Genocide. History, Memory, Politics

Autor: Julien Zarifian

Editorial: Rutgers University Press, New Brunswick, 2024

Reseña bibliográfica: Nélica Elena Boulgourdjian

El combate por el reconocimiento del Genocidio armenio, un tema casi excluyente en las comunidades armenias de la diáspora ante el negacionismo de la República de Turquía, enfrenta el escaso compromiso de aquellos países que mantienen una deuda irresuelta con su propia historia. En su libro Julien Zarifian realiza una exhaustiva investigación a la que dedicó más de una década sobre el caso emblemático de los Estados Unidos, país que desde los años 1920 llevó a cabo políticas ajenas a su reconocimiento. Recién fue reconocido en 2019 por el Senado y la Cámara de Representantes y en 2021 por el Poder Ejecutivo, bajo la presidencia de Joe Biden. Dicho reconocimiento fue una acción esperada, cada 24 de abril por la diáspora armenia de los Estados Unidos, sobre todo porque varios de sus presidentes expresaron su compromiso durante sus campañas electorales que no cumplieron durante sus presidencias.

En su investigación Zarifian se focaliza en el vínculo de los Estados Unidos con la comunidad armenia y su esfuerzo por el reconocimiento del Genocidio; también ahonda en la historia de la diáspora armenia en ese país cuya presencia temprana se mantiene activa hasta hoy.

El autor analiza el tema desde una perspectiva histórica y cronológica en seis etapas partiendo de los años 1920 hasta la Convención de 1948 y el tratamiento del Genocidio armenio por los Estados Unidos; el Departamento de Estado y los armenios desde la Segunda guerra mundial; los primeros pasos en el reconocimiento del Genocidio Armenio por los Estados Unidos (1970-1980); la etapa de post-guerra 1990-2005; las políticas de los presidentes Barack Obama, Donald Trump y Joe Biden hacia el reconocimiento del Genocidio armenio y finalmente el análisis de las causas que pudieron demorar su reconocimiento.

Zarifian realizó una exhaustiva investigación en los archivos oficiales (Departamento de Estado, Registros de audiencia del Senado, archivos del FBI, bibliotecas presidenciales de Jimmy Carter, Ronald Reagan, entre otros), en la prensa comunitaria armenia y estadounidense, así como entrevistas a personalidades conocedoras de la temática. El trabajo de archivo se complementó con una vasta bibliografía actualizada sobre los temas analizados.

El objetivo del autor fue la exploración del interés del gobierno de los Estados Unidos, la prensa y la sociedad estadounidenses respecto de las masacres armenias de 1915-1916 “desde la perpetración de estos crímenes hasta su no reconocimiento como genocidio en la segunda parte del siglo XX y la temprana primera centuria” (p. 3). Asimismo se describen las causas por las cuales los Estados Unidos si bien fueron sensibles al destino de los armenios otomanos durante la década de 1910, a partir de 1920 se aliaron al Estado responsable mostrando poco interés por el Genocidio armenio a pesar del reconocimiento internacional de las últimas décadas y del consenso académico generalizado como la declaración de la Asociación Internacional de Estudios sobre Genocidio (IAGS) en 1997.

Asimismo, Zarifian presenta los argumentos por los cuales los Estados Unidos mantuvieron por décadas su postura neutral hacia el reconocimiento. El Departamento de Estado, presionado por Turquía, siempre sostuvo su visión negacionista, evitando que el Poder Ejecutivo lo reconociera. La ubicación estratégica de Turquía fue un factor relevante sobre todo a partir del ascenso de Mustafá Kemal y la creación de la República en 1923. El líder nacionalista a partir de entonces construyó la imagen del nuevo Estado turco acorde con las expectativas europeas logrando que fuera percibido como un país fuerte para controlar el avance de las ideas bolcheviques en la región (p. 35).

En los Estados Unidos contribuyó a ello la creación de la Asociación de Amigos americanos de Turquía en la década de 1930 para mejorar la imagen de ese país ante la sociedad estadounidense instalando la idea de la necesidad de escuchar “las dos campanas”. Avalada por el Departamento de Estado, dicha política se extendió hasta 2020 con el fortalecimiento del rol de Ankara en la política exterior turca.

Por su parte, las comunidades armenias de la diáspora a partir de la recordación del cincuentenario del Genocidio armenio en 1965 experimentaron un avivamiento de la memoria promoviendo el recuerdo del pasado en el espacio público. A medida que se profundizaba el ejercicio de memoria de las víctimas, el Estado responsable Turquía profundizaba el negacionismo con el apoyo del Departamento de Estado. Esta práctica como sostiene Zarifian “es consubstancial al mismo crimen de Genocidio” (p.61).

Varios países y gracias al trabajo incasable de sus comunidades armenias reconocieron el genocidio, en particular los más comprometidos con los Derechos Humanos. En paralelo la dirigencia turca mostró preocupación ante la posibilidad de que su país fuese excluido de la comunidad internacional y forzado a pagar reparaciones económicas y territoriales, primero a la República de Armenia soviética y luego a la República independiente. Para confrontar con esta realidad, la historiografía turca se focalizó en el negacionismo, sobre todo mediante la reescritura de ese pasado traumático y la producción de una historia oficial.

En los Estados Unidos, invariablemente los candidatos a la presidencia, si bien prometían este reconocimiento o al menos trabajar por el mismo durante sus campañas electorales,

como presidentes se cuidaron de nombrarlo. En el caso de Jimmy Carter, si bien reconoció el sufrimiento de los armenios, nunca usó la palabra genocidio durante su mandato. Por su parte Ronald Reagan lo nombró así una sola vez en su discurso de 1981 sin formalizar esta posición (p. 90). Barack Obama a pesar de su promesa de reconocer el Genocidio armenio si alcanzaba la presidencia, cuando fue presidente lo llamó “metz yeguern” (gran tragedia) como fue nombrado al comienzo por las comunidades armenias. (p. 265). Recién en 2021 el presidente Biden lo reconoció.

Asimismo, la “carta de la geopolítica” (p. 173) fue utilizada para no reconocer el genocidio aludiendo al interés de los Estados Unidos en el Medio oriente, sobre todo, cuidando de no enfrentarse con la aliada Turquía, garante contra el avance soviético. Como sostiene Zarifian “El contexto geopolítico juega un rol importante y la decisión de reconocer un episodio de violencia de masa como el genocidio tiende a depender de las relaciones entre los Estados Unidos, a menudo cauto, y los gobiernos extranjeros acusados de genocidio” (p. 197).

Otra cuestión que se repite en el libro es el “argumento de la memoria” al que han recurrido varios de los que se oponen al reconocimiento del genocidio. En este sentido, “[l]a difícil relación de los Estados Unidos con su propio pasado hizo que el reconocimiento del genocidio armenio fuera más difícil” (p. 206). Ambos argumentos, la “carta de la geopolítica” y el “argumento de la memoria” fueron utilizados durante décadas por los negacionistas turcos para evitar que los Estados Unidos lo reconocieran.

El libro de Zarifian constituye un valioso aporte no sólo para la comprensión del largo camino recorrido por la política estadounidense para el reconocimiento del Genocidio armenio sino también para entender las políticas de aquellos países que se han mostrado reticentes a su reconocimiento por su propio pasado atravesado por violencias invisibilizadas.